
LA PASTORAL SOCIAL DE LA IGLESIA

NICOLÁS DE JESÚS CARDENAL LÓPEZ RODRÍGUEZ

Ante todo agradezco al ilustre señor Rector de esta Universidad la gentileza de invitarme a dictar esta conferencia ante este selecto público sobre la pastoral social de la Iglesia católica.

La Iglesia, a la que el recordado Pablo VI calificó de «experta en humanismo», tiene en su haber histórico una larga y diversificada experiencia en el campo social, que resulta tarea muy difícil compendiarla en los estrechos límites de una disertación como ésta.

Quisiera, además, no partir de un planteamiento simplista o fácil del asunto, viendo a la Iglesia actuar en lo social como una institución más entre las muchas que pueden incursionar en esta área. Debemos recordar que sus medios y sus fines le fueron indicados por Jesús de Nazaret, su Fundador. Consiguientemente, a la Iglesia debemos verla y juzgarla desde esta perspectiva, no al margen de ella ni con criterios sólo humanos.

La Iglesia tiene como finalidad continuar en el tiempo la obra de Jesús, que como veremos en seguida, fue muy intensa y de variados matices. Y en Jesús, lo sabemos por la Sagrada Escritura, todo iba encaminado a «realizar la voluntad del Padre» y en último término a redimir al hombre del pecado y de todas sus consecuencias, a través del testimonio supremo del amor y de la propia inmolación.

Esta sería la gran panorámica de fondo que nos ayudará a comprender mejor lo que hace la Iglesia, por qué lo hace y con qué fin.

En la medida, pues, que la Iglesia observe el actuar de Jesús, lo imite, se guíe por sus criterios y sea fiel a Él, en esa medida responde a su finalidad específica y cumple con la misión que Él mismo le ha señalado.

Ahora bien, podemos preguntarnos, ¿qué hizo Jesús? Los evangelistas lo presentan inaugurando un nuevo estilo de vida religiosa caracterizado por la sencillez, la autenticidad y la fidelidad a Dios y al hombre, sujeto de esa vida. Su actuar choca con la hipocresía de los fariseos, desautorizados moralmente frente al pueblo, que andaba «como ovejas sin pastor».

Frente a la actitud hostil de esos grupos, Jesús se siente complacido de que la gente sencilla lo acepte, lo respete y lo oiga con gusto: «Padre, Señor de cielo y tierra, yo te alabo porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a la gente sencilla» (Mateo 11, 25).

Otro rasgo de su actividad mesiánica es su sentido interés por el mundo de los pecadores, los marginados socialmente, los enfermos. Los busca, se interesa por ellos, los visita y come en su mesa. En todas las páginas de los evangelios le encontramos en relación con ellos. Se puede decir con toda verdad que los convierte en sus predilectos.

Claro que todo esto dentro de un perfecto equilibrio, sin estridencias ni radicalizaciones, sin exclusiones irritantes, evitando que su mensaje fuera instrumentalizado o intencionadamente politizado por los grupos que existían entonces, como los zelotes, que se mostraban muy activos para conseguir sus fines de dominio con la expulsión violenta de los romanos.

Es interesante constatar cómo esta vida de Jesús responde fielmente a los perfiles con que el profeta Isaías, setecientos años antes, había dibujado su figura mesiánica y sabemos que Jesús mismo en la sinagoga de Nazaret se aplicó estas palabras del profeta: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por el que me consagró. Me envió a traer la Buena Nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de la gracia del Señor». (Lucas 4, 18-19).

Según este texto, Jesús recibió una misión, ratificada por la unción del Espíritu para un fin determinado: El viene a evangelizar a los pobres, a anunciar la libertad, a devolver la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y anunciar el año de la gracia.

Y a los enviados de Juan Bautista, que le preguntan si Él es el esperado o deben esperar a otro, les responde con esos mismos hechos como argumento de la verdad de su misión: «Vayan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: que los ciegos ven, que los cojos andan, que los leprosos quedan sanos, que los sordos oyen,

que los muertos resucitan y que se predica la Buena Nueva a los desdichados» (Mateo 11, 4-5).

Sabemos, por otro lado, que la misión principal de Jesús consistía en la «predicación» del Evangelio del Reino. Sin embargo, de manera muy hermosa el Señor supo conjugarla con las obras de amor a los más débiles: alimentó a muchedumbres hambrientas, curó todo género de enfermedades, liberó a muchos de la esclavitud diabólica y de otras formas de opresión.

Es más, estas últimas son el «signo» de que aquella predicación es verdadera. Se puede creer al Evangelio porque está garantizado o avalado por las obras de Jesús.

A quien observe desapasionadamente la vida de Jesús le resulta fácil aceptar que en su condición de Mesías, del esperado por Israel, cumplió a cabalidad lo anunciado de Él por los profetas.

Por desgracia los líderes religiosos de su tiempo habían concebido de manera equivocada al Mesías, y como Jesús no respondió a sus erróneas pretensiones, prefirieron eliminarle. Pero ahí está su vida, sus hechos, su predicación, como argumento incontestable.

Y así lo entendieron los Apóstoles, sus discípulos e inmediatos continuadores de su obra. Siguieron con fidelidad el ejemplo del Maestro.

A raíz del acontecimiento extraordinario de Pentecostés, ellos se dan ardorosamente a la tarea que Él les había confiado, se dispersan a crear, dirigir y santificar las comunidades cristianas surgidas de su predicación.

Pero en el momento en que el crecimiento y la multiplicación de las comunidades los distraen de su misión primordial que era «la oración y la enseñanza de la fe», escogen dentro de las mismas comunidades a hombres de probada virtud y testimonio e imponiéndoles las manos los constituyen en sus auxiliares en el oficio de la santificación, con especial referencia a las obras asistenciales, naciendo así una «pastoral social» en los mismos comienzos de la Iglesia.

Prueba de que la Iglesia apostólica en modo alguno descuidó las necesidades materiales de sus hijos.

Todo esto en el plano, digamos así, de la acción, porque también en el magisterio apostólico hallamos elocuentes testimonios de la defensa de los más débiles, como es el caso de San Pablo, del mismo San Pedro y sobre toda la valiente Carta de Santiago, primer Obispo de Jerusalén, quien demuestra una exquisita sensibilidad social al referirse entonces a problemas que conservan hoy una tremenda actualidad, como es la desproporcionada distribución de los bienes, la discriminación, las ambiciones desmedidas, el trabajo injustamente remunerado y los enfermos. Esta Carta bien merece ser considerada como un importante documento social del magisterio de la Iglesia.

Por otra parte, ¿quién históricamente bien informado puede regatear al cristianismo la gloria y el mérito de haber debilitado con los principios del Evangelio las férreas estructuras que sustentaban la ominosa esclavitud romana? Parece inconcebible y, cierto, humanamente inexplicable que un movimiento religioso que llega a Roma de modo clandestino, por medio de hombres de poca o ninguna relevancia social, que por más de trescientos años es mantenido en condición de proscrito en la geografía del gran Imperio, llegara a adquirir carta de ciudadanía y a igualar en el plano de la dignidad y de los derechos a las grandes familias de los patricios con la multitud incalculable de sus esclavos.

¿Se puede, acaso, dudar que hubo en esas circunstancias una de las más grandiosas y encomiables empresas de promoción del hombre y defensa de sus derechos?

Estas realidades obvias al historiador serio y bien intencionado no siempre son reconocidas por ciertos aficionados que se entretienen en episodios adjetivos de la historia y en lo que se refiere a la Iglesia se ceban en subrayar sus innegables errores, que somos los primeros en aceptar, pero que honestamente hay que mirar con el contraste de luz que los mitiga.

Debe añadirse además que en esos siglos de terribles dificultades para la Iglesia, es cuando surgen sus más gloriosas figuras en las personas de los Santos Padres. Sería sumamente útil y para los fines de mi trabajo ilustrativo traerles a modo de ejemplo algunas citas de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Ambrosio, San Gregorio

Niseno, San Agustín y tantos otros gigantes que nos han dejado en sus innumerables cartas, sermones, comentarios a la Sagrada Escritura y tratados diversos una mina fecunda de doctrina social clara, valiente y extensa.

Pero no podemos en razón de nuestra limitación complacernos en oír a estos abanderados de la justicia, quienes no se limitaron a hablar ni a denunciar abusos, sino que probaron en carne propia muchos de ellos esas mismas injusticias con cárceles, tribunales, y repetidos destierros, acabando muchos también salvajemente destrozados por la barbarie y el fanatismo. Por eso, no podemos dejar de mencionarlos cuando hablamos de «pastoral social» de la Iglesia porque necesariamente ellos quedan entre sus más insignes representantes y maestros.

En los siglos posteriores la Iglesia continuaría su obra de promoción humana y cultural a través de reconocidos monasterios que, además de centros del pensamiento se convirtieron en polos de desarrollo agrícola en muchas regiones. Estupenda conciliación del culto a Dios, de la cultura, de la ciencia y del cultivo de la tierra.

Bajo esas venerables bóvedas monásticas y en el calor de sus multiseculares bibliotecas nacieron ilustres academias cuyos nombres son mencionados hoy con admiración y respeto. La Edad Media fue pródiga en obras de este género y también lógicamente en maestros como Duns Scoto, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, por citar sólo algunos de los más conocidos.

Este distinguido público no necesita que se le justifique o demuestre la singular aportación de la Iglesia en el campo de la educación en todos sus niveles. Esto simplemente se ve, se admira y se reconoce. Cítenme ustedes una sola de las más antiguas y prestigiosas universidades del mundo que no cuente entre sus fundadores un preclaro hombre de la Iglesia si no es que su Acto Constitutivo emanó a modo de Bula de la pluma de un Romano Pontífice.

Cuando Europa y, sobre todo Italia, bullía con la indescriptible explosión cultural, artística, científica y religiosa que significó el

Renacimiento, las grandes potencias del Viejo Continente comenzaron a despachar sus primeras expediciones con la pretensión de extender sus dominios y fronteras.

Se abre así uno de los períodos más discutidos de la historia de la Iglesia, sus embajadas misioneras, sobre todo a las tierras de nuestra América, cuya evangelización se inició en las postrimerías del siglo XV y se intensificó a lo largo del XVI.

He dicho antes «período discutido» porque hoy no se concibe que la cruz llegara a los indígenas bajo la tutela de la espada conquistadora y menos que fuera impuesta por su signo fatídico. Sin embargo, no podemos desubicarnos históricamente. Lo que hoy nos parece increíble, absurdo e injustificable, quinientos años antes no era pensado así... Las cosas eran vistas de otro modo muy distinto.

Desde el punto de vista eclesial se podrá discutir la forma y, si se quiere, el momento en que llegó el Evangelio a estas tierras americanas, pero nadie negará que la Iglesia tiene una misión irrenunciable y es predicar el Evangelio a todos los hombres de todos los pueblos y de todas las épocas.

Cierto, no deja de ser penoso que esa noble encomienda puede ser empañada y hasta oscurecida por las circunstancias en que se lleve a cabo. Son riesgos que conlleva la misma misión, que por lo demás, debe ser realizada por hombres con grandes limitaciones. Lo reconoce claramente Puebla: «La Evangelización, como tarea humana, está sometida a las vicisitudes históricas, pero siempre busca transfigurarlas con el fuego del Espíritu en el camino hacia Cristo, centro y sentido de la historia universal, de todos y cada uno de los hombres. Acicateada por las contradicciones y desgarramientos de aquellos tiempos fundadores y en medio de un gigantesco proceso de dominaciones y culturas, aún no concluido, la Evangelización constituyente de América Latina es uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia. Frente a dificultades tan enormes como inéditas, respondió con una capacidad creadora cuyo aliento sostiene viva la religiosidad popular de la mayoría del pueblo» (Puebla, No. 6).

Esa capacidad pastoral se reflejó «en las incontables iniciativas de caridad, asistencia, educación y de modo ejemplar las originales

síntesis de Evangelización y promoción humana de las misiones franciscanas, agustinas, dominicas, jesuitas, mercedarias y otras... Tal capacidad pastoral está ligada a un momento grande de reflexión teológica y a una dinámica intelectual que impulsa universidades, escuelas, diccionarios, gramáticas, catecismos en diversas lenguas indígenas y los más interesantes relatos históricos sobre los orígenes de nuestros pueblos» (Puebla No. 9).

Aunque se han hecho estudios muy serios sobre estas magníficas experiencias pastorales en los tiempos de la colonia, creo que no se les ha dado o no se les quiere dar la suficiente importancia por parte de los que hoy quieren imitar o suceder a los grandes evangelizadores de los siglos anteriores. Creo que si nos ocupáramos a fondo por conocer lo que pretendieron esos pioneros de la acción social en América, otra sería la historia que estaríamos escribiendo en estos momentos.

Cuando uno oye a ciertas personas hablar hoy como supuestos conocedores de nuestra historia la conclusión que saca es que ignoran lo más elemental que aquí se ha hecho, sobre todo en esas circunstancias en que a la Iglesia se la acusa de actuar al margen y muchas veces en contradicción con sus enseñanzas. No, señores, en América Latina hay un pasado digno de más respeto, esas legiones de evangelizadores que dejaron sus fuerzas, sus vidas y sus ideales en El Chaco paraguayo, en el altiplano boliviano, en las pampas argentinas, en las inmensas llanuras brasileñas, en las desafiantes crestas de los Andes, en las bravas costas del Caribe y en las alegres tierras mexicanas, en el cauce de nuestros caudalosos ríos y en nuestras soleadas playas, no pueden ser olvidados tan irresponsablemente y menos calumniados de forma tan vulgar como cobarde, sólo por complacer o simpatizar con los que no aceptan ver a la Iglesia ni entonces ni hoy luchando por la verdadera causa de la justicia, queriendo desplazarla de su puesto como defensora de los valores supremos del hombre.

¿Cuál sería la reacción de Montesinos, cuya voz resonó cual nuevo profeta en el sacro recinto del Convento Santo Domingo; del Padre Las Casas, de Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga,

José de Anchieta ante semejantes acusaciones? Ellos y tantos otros que defendieron a los indios ante conquistadores y encomendados incluso hasta la muerte, como el Obispo Antonio Valdivieso, demuestran con la evidencia de los hechos, cómo la Iglesia promueve la dignidad y libertad del hombre latinoamericano. Esta realidad ha sido reconocida con gratitud por el Papa Juan Pablo II, al pisar por primera vez las tierras del Nuevo Mundo cuando se refirió a «aquellos misioneros (religiosos) que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inviolables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre Dios» (Juan Pablo II, Discurso a su llegada a Santo Domingo *AAS LXXI*, Pág. 154, 25 de enero de 1979, citado por Puebla en el No. 8).

Frente a los fallos y pecados que encontramos por parte de la Iglesia debemos pronunciar sus nombres con reverencia y testimoniarles nuestro reconocimiento por lo que hicieron a favor de nuestros indígenas y pobres.

He hablado de América, pero podríamos mirar hacia Africa, Asia y Oceanía; en todas las latitudes, y hasta en las gélidas zonas de Alaska y en las inclementes dunas del desierto encontramos a la Iglesia plantando la cruz junto a la escuela, al leprocomio, a la universidad, al orfanato, en medio de las polvorientas aldeas de los indios y en las paupérrimas carpas o galpones de las tribus nómadas. Y el motivo que la mueve es siempre el mismo: el Evangelio la impulsa a convertirse en realidad cuestionante y transformante del ambiente al que llega.

También es cierto que con el pasar del tiempo y de las culturas y gracias a esa ubicuidad permanente, la Iglesia en su acción social, ya lo señalé anteriormente, ha ido adquiriendo una rica y singular experiencia que, por otro lado, la obliga y estimula a presentar siempre nuevas respuestas pastorales a los nuevos problemas que debe afrontar.

Pero es claro que no se puede pedir a la Iglesia que proponga una solución hasta tanto el problema no se haya planteado. No se le puede reprochar a la Iglesia medieval no haber previsto ni solucionado los

problemas del siglo XX. Ciertas conquistas de hoy, no lo olvidemos, hace escasamente algunos años eran simples utopías.

Además, la Iglesia custodia celosamente un patrimonio de fe, cuyo contenido no puede identificarse con ningún momento histórico, con ninguna cultura y menos con ningún sistema político o social, y sí debe iluminarlos a todos. Teóricamente la Iglesia podría vivir en cualquier estado o bajo cualquier sistema, pero de hecho sabemos las enormes dificultades que confronta para subsistir en sistemas de muy diversos cuños.

Sabemos también de las luchas que tuvo que librar la Iglesia en Europa a raíz de la Reforma Protestante, como de las corrientes ideológicas que se han sucedido posteriormente. La Ilustración o enciclopedismo, conocida en Alemania como Aufklärung, en Inglaterra como Racionalismo y en Italia como Iluminismo, en realidad son todas proyecciones más o menos acentuadas del humanismo renacentista y su contenido más profundo es la imagen más realista del universo, intuita por primera vez y expuesta con medios todavía inadecuados por los humanistas del Siglo XV y posteriormente elaborada por los racionalistas del siglo XVIII, en forma ya de verdadera concepción filosófica, gracias al gran progreso realizado en esos tiempos por las ciencias de la naturaleza.

A los ojos del humanismo, la religión había aparecido como el reino de lo irreal y del mito. Pero la Ilustración no se limitó a separar el conocimiento racional del religioso, sino que rechazó este último como incompatible con la razón. La razón lo impregnaba todo y era la nueva diosa a la que se rendía culto y por razón se entendía incredulidad. Lo único que persistía era la presunción de la cultura.

Hubo dos hechos originados en el siglo XVIII que deben ser tenidos en cuenta si se quiere explicar el complejo mundo que hoy vivimos. Uno fue la Revolución Francesa, con su concepción del Estado, inédita hasta entonces. El Estado no era ya la dinastía, sino el país y su población. Los habitantes del país son el Estado, pero los individuos son súbditos de éste, en la misma o mayor medida que lo fueron antes del monarca. En esta nueva concepción política hunden sus raíces el totalitarismo y el nacionalismo, las dos dominantes que informan el curso de la historia contemporánea.

El otro hecho fue la revolución industrial iniciada en Inglaterra en el sector textil, punto de arranque del proceso que se ha ido agigantando y extendiendo y que ha determinado sin duda el estilo del hombre moderno, realidad que ha generado junto con sus insospechadas ventajas, problemas de colosales proporciones, a los cuales la Iglesia ha tenido que dar una respuesta.

Por lo que se refiere a nuestra América, es el momento de los júbilos independentistas, que ocuparon la atención de todos y, naturalmente, centraron toda la actividad pública y privada en la conquista de esos logros.

Así habla Puebla: «A aquella época de la Evangelización (la primera), tan decisiva en la formación de América Latina, tras un ciclo de estabilización, cansancio y rutina, siguieron las grandes crisis del siglo XIX y principios del nuestro, que provocaron persecuciones y amarguras a la Iglesia, sometida a grandes incertidumbres y conflictos que la sacudieron hasta sus cimientos» (Puebla, No. 11).

Si volvemos a la Europa de esos años encontramos en casi todos los países una intensa actividad eclesial en el campo social, sobre todo en los conocidos como precursores del «catolicismo social». Creo que es el momento de hacer una oportuna diferencia entre lo que se ha entendido tradicionalmente como caridad y lo que se ha llamado «pastoral social de la Iglesia», en sentido moderno. Me parece acertada la que establece el dominico belga, P. van Gestel: «El catolicismo social se distingue de la caridad tradicional:

1. Por la clara conciencia de un nuevo problema, el problema social causado por la evolución de la sociedad, que afecta en primer lugar a la clase obrera, pero igualmente se extiende a todas las clases laborales.
2. Por el esfuerzo en descubrir, ante los efectos del desorden social, sus causas, y para encontrar un remedio que no ataque solamente a los síntomas de los trastornos, sino a sus causas. (C. van Gestel, *La Doctrina Social de la Iglesia*, Editorial Herder, pág. 28).

No hay lugar a dudas que en la Iglesia de hoy se va tomando cada día más conciencia de la gravedad del problema social, de sus

causas y de sus efectos, y se intenta en base a profundas reflexiones establecer principios que orienten las posibles soluciones. Pero ojalá que no incurramos en la ingenuidad de menospreciar a los que en la historia de la Iglesia han practicado la caridad, muchas veces en grado heroico, y hoy la siguen practicando, por la sencilla razón que el necesitado de pan, educación, techo o ropa no se ve directamente atendido por los programas y los sueños de una edad futura, por generosos que sean, que se implementarán cuando él haya emigrado de este mundo y entonces ya no precise de ellos.

Fue lo que hizo gritar al fogoso Conde Montalembert, ejemplo de emancipación social y de caridad cristiana frente a los que acusaban a la Iglesia de no hacer nada en favor de los pobres en la convulsionada Francia de su tiempo: «¡Bien!... nosotros no hemos hecho nada en favor de los pobres. Fundaciones, hospicios, asociaciones piadosas, limosnas individuales, ¡todo eso no es nada!... ¿Dónde está vuestra beneficencia?... ¿Dónde vuestras Hijas de la Caridad, vuestras Hermanitas de los pobres, vuestros Hermanos para la educación del pueblo? ¿Qué habéis inventado? ¡Nada!... frases, frases siempre... frases gruesas de discordia y de motín, de guerra civil, de revolución: es decir, de miseria... El obrero os pide pan y le dais escorpiones» (Lecanuet, *Vie du Comte de Montalembert*, t. II, Pág. 430, París 1919; citado por van Gestel, o.c., pág. 35).

Aunque sería injusto decir, lo repito, que la Iglesia a estas alturas se conforme simplemente con el ejercicio de la caridad al que no puede renunciar, por hermosa y laudable que sea su práctica. Debe decirse que su enseñanza y su acción están hoy caracterizadas por un dinamismo creciente.

Es interesante conocer a los grandes hombres que precedieron al momento presente. Citemos algunos: Phillippe-Joseph-Benjamin Buchez, doctor en medicina, filósofo, historiador, político, economista y reformador social, gran amigo personal del P. Lacordaire. Era un verdadero convencido del valor social del cristianismo.

Debe mencionarse también entre los católicos de avanzada en el campo social a Edouard Ducpetiaux, quien parte de una crítica

severa y penetrante de las condiciones creadas por la industria y propone el principio central de una economía humanista, en la cual la persona humana es el objetivo principal.

No podemos omitir el nombre de Adolf Kolping, adelantado dentro de la pedagogía social y del trabajo práctico.

Y otro hombre extraordinario, que desde la Cátedra de Maguncita tendió el puente entre el pensamiento medieval y las aspiraciones actuales del catolicismo, Monseñor von Ketteler. En una alocución a los trabajadores de la región del Main, afirmaba: «El carácter fundamental que da al movimiento obrero toda su importancia y significado y que pertenece, en realidad, a su esencia, es la tendencia a la socialización obrera que tiene por fin poner la unión de las fuerzas al servicio de los intereses obreros. La religión no puede menos de apoyar estas asociaciones y desear su triunfo para el bien de la clase obrera».

En Austria nos encontramos con el barón von Vogelsang, principal heredero del pensamiento de Mons. Ketteler.

En Suiza Monseñor Marmillod, hombre de gran visión, cuya audacia contó con la aprobación de Pío IX y que luego fue elevado al cardenalato por León XIII. Afirmaba: «El Evangelio no es, en nuestras manos, un simple misal de la Edad Media de gran valor artístico, ni una devoción dulzona entre dos festines, ni un discurso en la tribuna que galvaniza las masas... Yo no quiero ser ni el cortesano de los ricos ni el adulador de los pobres... Para resolver la cuestión social, haría falta tener el corazón de la Hermana de la Caridad y la lucidez de Santo Tomás de Aquino».

Igualmente en Francia, León Hamel, prototipo del patrón social progresista, amigo de León XIII, puso en práctica, antes de la Encíclica, los principios de la *Rerum Novarum*.

El Marqués René de la Tour Dun Pin, famoso por la elaboración del sistema corporativo según la fórmula: «la corporación libre dentro de la profesión organizada».

El conde Albert de Munch, fundador de florecientes asociaciones, especialmente la Obra de los círculos obreros católicos y de la Asociación católica de la juventud francesa, bajo su influencia nacieron los secretariados sociales, la Confederación Francesa de

Trabajadores Cristianos, como también las famosas Semanas Sociales de Francia.

Habría que citar todavía al cardenal Henry-Edward Manning en Inglaterra, al Cardenal James Gibbons en los Estados Unidos, a Giuseppe Toniolo en Italia, quien propuso un orden social concebido y construido en función del hombre, ser personal y responsable, con vocación terrestre y celeste, que está llamado a conseguir en unión con sus semejantes.

Todos estos hombres fueron preparando el terreno para que el Papa León XIII publicara el 15 de mayo de 1891 su magistral Encíclica *Rerum Novarum*, la Carta Magna de los Obreros. Se ha dicho que después del Concilio de Trento, pocos sucesos han tenido tanta importancia para la Iglesia como esta Carta.

Los Papas posteriores a León XIII han aprovechado algunos aniversarios de esta importantísima encíclica para ir actualizando su luminoso contenido. Lo dice Juan Pablo II en su Encíclica *Laborem Exercens*, publicada el 14 de septiembre de 1981: «En el espacio que nos separa de la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum*, la cuestión social no ha dejado de ocupar la atención de la Iglesia... Si seguimos la línea principal del desarrollo de los documentos del Supremo Magisterio de la Iglesia, encontramos en ellos la explícita confirmación de tal planteamiento del problema. La postura clave, por lo que se refiere a la cuestión de la paz en el mundo, es la de la Encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII. Si se considera en cambio la evolución de la cuestión de la justicia social, ha de notarse que, mientras en el período comprendido entre la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, las enseñanzas de la Iglesia se concentran sobre todo en torno a la justa solución de la llamada cuestión obrera, en el ámbito de cada Nación y, en la etapa posterior, amplían el horizonte a dimensiones mundiales. La distribución desproporcionada de riqueza y miseria, la existencia de Países y Continentes desarrollados y no desarrollados, exigen una justa distribución y la búsqueda de vías para un adecuado desarrollo de todos. En esta dirección se mueven las enseñanzas contenidas en la Encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII, en la Constitución pastoral *Gaudium et*

Spes del Concilio Vaticano II y en la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI» (Juan Pablo II, Encíclica *Laborem Exercens*, Pág. 9-10).

Como se ve, una constante preocupación ha desvelado a la Iglesia a partir de las enseñanzas de León XIII, sin olvidar que la misma no pretende imponer, como hacen otros, su doctrina burlando la dignidad y la libertad de los hombres y de los pueblos.

Esa misma preocupación pastoral es la que ha alentado a la Iglesia latinoamericana en los últimos quince años, sobre todo a partir de la II Conferencia General del Episcopado, convocada para aplicar a nuestro Continente las ricas enseñanzas del Concilio Vaticano II, asamblea que suscitó en la Iglesia una corriente de esperanza.

Recordamos con gratitud la presencia del Santo Padre Pablo VI, a quien correspondió concluir el Concilio y orientar el período subsiguiente, en la inauguración de dicha Conferencia: «El porvenir, decía en esa ocasión el Papa, reclama un esfuerzo, una audacia, un sacrificio que ponen en la Iglesia un ansia profunda...

Nos invade como una ola desbordante, la inquietud característica de nuestro tiempo, especialmente de estos países proyectados hacia su desarrollo completo; y agitados por la conciencia de sus desequilibrios económicos, sociales, políticos y morales» (Pablo VI, Discurso en la apertura de la II conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Medellín, 1968).

Ciertamente que son tiempos de esfuerzos, de audacia, de sacrificios. De ello somos testigos cuantos trabajamos por el hombre latinoamericano y creemos en él.

Por eso, los Obispos reunidos en la III Conferencia General en la ciudad de Puebla de los Ángeles, reiteraban: «Nos preocupan las angustias de todos los miembros del pueblo cualquiera que sea su condición... Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, imagen y semejanza del Creador y a sus derechos inalienables como hijos de Dios... A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza... Angustias por la violencia de la guerrilla, del terrorismo y de los secuestros realizados

por extremismos de distintos signos que igualmente comprometen la convivencia social» (Puebla Nos. 27, 40, 42 y 43).

Esta es la realidad de América Latina, «que va caminando entre angustias y esperanzas, entre frustraciones y expectativas» (Puebla, No. 72).

Es lógico suponer que nuestras Iglesias, nuestra Iglesia dominicana, esté tan seria y concienzudamente comprometida en ayudar a la solución de tan graves problemas y a mitigar los efectos de esas tensiones.

Sabemos que hay mucha gente de Iglesia en la República Dominicana que está dando lo mejor de sí en beneficio de nuestro pueblo.

Ahí están los numerosos centros de promoción y de catequesis y otras casas de formación, cuya finalidad es precisamente ésta, crear conciencia en las personas que frecuentan sus aulas de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes como miembros de la comunidad humana.

Y cada día se aprecian más claramente los vínculos que indicaba Pablo VI en la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* existentes entre evangelización y promoción humana. «Entre evangelización y promoción humana –desarrollo, liberación– existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la creación del plan de la Redención que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a la que hay que combatir y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico como es el de la caridad» (Pablo VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*, No. 31).

Conscientes de esa íntima vinculación nuestras Iglesias han asumido la tarea de la Evangelización subrayando fuertemente su dimensión liberadora y capaz de llevar al hombre evangelizado a un serio compromiso a favor de la justicia.

No dejamos de reconocer que dentro de la Iglesia hay personas que quieren vivir con mayor radicalidad el propio compromiso

y esto las lleva incluso a tentaciones de desesperación cuando no apuntan o asoman las soluciones que ellas creen que son justas.

En el mismo documento que acabo de citar Pablo VI se refiere a ellos: «No hay por qué ocultar, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos, a una perspectiva antropocéntrica; la salvación de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad— olvidando toda preocupación espiritual y religiosa— a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos» (Pablo VI, Exhortación Evangelii Nuntiandi, No. 32).

Y no menos categórico fue Juan Pablo II en el Discurso Inaugural de la III Conferencia de Puebla: «Tengamos presente, por otra parte, que la acción de la Iglesia en terrenos como los de la promoción humana, del desarrollo, de la justicia, de los derechos de la persona, quiere estar siempre al servicio del hombre; y al hombre tal como ella lo ve en la visión cristiana de la antropología que adopta. Ella no necesita pues recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre: en el centro del mensaje del cual es depositaria y pregonera, ella encuentra inspiración para actuar a favor de la fraternidad, de la justicia, de la paz, contra todas las dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida» (Juan Pablo II, discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano).

Hago votos sinceros para que sean más numerosos los hijos de la Iglesia que se comprometen en la noble tarea de promover humanamente a sus hermanos, de defender sus derechos y su dignidad, de trabajar por el imperio de la justicia, pero desde una concepción del hombre cristiana y eclesial, sin concesiones ni titubeos, sin equívocos ni ambigüedades.

Felicito de corazón a todos los que colaboran en la pastoral social de la Iglesia, agradezco su inestimable trabajo, reconozco sus grandes dificultades y pido al Señor que siga alentando esos esfuerzos.

Creemos, dice Alfredo Matte, que toda pastoral social debe apuntar a tres tipos de cambios en el hombre:

1. Renovación interior del hombre, por la propia conversión y entrega a Cristo, renovación que no es de carácter individual ni nominal, sino cambio de actitud en la vida y en la sociedad.
2. Cambio en las actitudes y en la conducta de los hombres. El signo que marca nuestro tiempo es el egoísmo. El signo del cristianismo es el amor. El cambio esperado es la vivencia del amor, como estímulo, como justificación, como expresión.
3. Cambio en las relaciones humanas y en las estructuras, o sea cambio de la sociedad. La construcción de una sociedad más humana, en que las situaciones que se identificaron como negativas o violaciones de los derechos de la persona respecto de la justicia, paz, solidaridad, libertad, participación, autorrealización o trascendencia, se modifiquen y se superen a través de un proceso de perfeccionamiento de acuerdo a las máximas posibilidades de la naturaleza humana» (Alfredo Matte, Medellín, Reflexiones en el CELAM, B.A.C., Pág. 283-284).

Me parece que todos los que se dedican a la pastoral social abrigan la esperanza de llegar a la meta, si no fuera así no valdría la pena seguir luchando. Y una meta que presente al hombre en toda su dimensión, abierto siempre a la trascendencia. De ahí la importancia de llegar a lo más profundo de él. Una auténtica pastoral social no puede contentarse con vaticinar una sociedad nueva dejando intacto el corazón del hombre, sin hombres nuevos no puede haber sociedad nueva.

Lo decía hermosamente el mismo Pablo VI: «La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aún las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se

convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen» (Pablo VI, Exhortación Evangelii Nuntiandi, No. 36).

¡Tremenda verdad tan frecuentemente olvidada en los tiempos actuales! Los hombres que no están dispuestos a emprender la ardua tarea de la propia conversión, de profundizarla y de llevarla hasta sus últimas consecuencias pronto se convencerán de la inutilidad de sus esfuerzos por instaurar una sociedad más justa y fraternal y los demás, con razón, no creerán las denuncias de su vacío profetismo.

Hemos conocido a muchos que se cansaron después de un largo trabajo que creo fue sincero, pero les faltó este ingrediente absolutamente indispensable y por eso les faltó la fuerza para mantener la lucha.

Como hombre de fe y de esperanza, nunca terminé mis palabras sobre estos temas sin una referencia a estas virtudes. En América Latina hay mucha gente ya sin fe y sin esperanza, creen que todos los caminos se han cerrado. Si fuera cierto eso, el Señor tiene en sus manos los recursos para abrirlos y nos da la capacidad de continuar la faena.

El Mensaje de los Obispos a los pueblos de América al clausurarse la III Conferencia General resume lo que pretendo decirles para concluir mis palabras:

«Queremos dirigirnos a todos los hombres de buena voluntad, a cuantos ejercen cargos y misiones en los más variados campos de la cultura, la ciencia, la política, la educación, el trabajo, los medios de comunicación social, el arte.

Os invitamos a ser constructores abnegados de la Civilización del amor, según luminosa visión de Pablo VI, inspirada en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo y basada en la justicia, la verdad y la libertad.

El amor cristiano sobrepasa las categorías de todos los regímenes y sistemas, porque trae consigo la fuerza insuperable del Misterio Pascual, el valor del sufrimiento de la cruz y las señales de victoria y resurrección. El amor produce la felicidad de la comunión e inspira los criterios de la participación...

La justicia, como se sabe, es un derecho sagrado de todos los hombres, conferido por el mismo Dios. Está insertada en la esencia misma del lenguaje evangélico...

La civilización del amor repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación, los desatinos morales...

La civilización del amor propone a todos la riqueza evangélica de la reconciliación nacional e internacional.

La civilización del amor condena las divisiones absolutas y las murallas psicológicas que separan violentamente a los hombres, a las instituciones y a las comunidades nacionales...

La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina...

Trabajar por la justicia, por la verdad, por el amor y por la libertad, dentro de los parámetros de la comunión y de la participación, es trabajar por la paz universal...».

¡Muchas gracias!



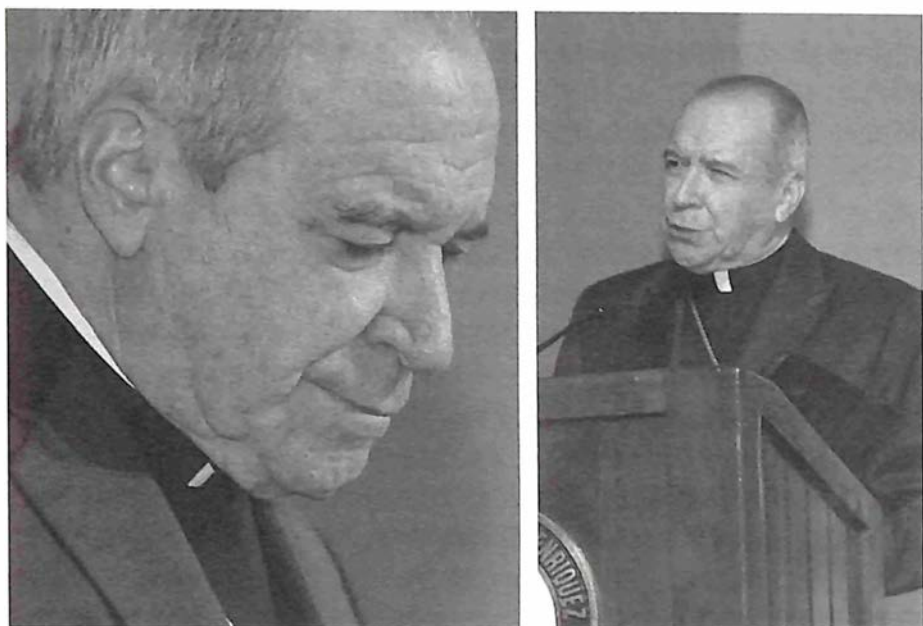
El Cardenal López Rodríguez conversa animadamente con los arquitectos Fiallo y Prieto Vicioso.



El Cardenal López Rodríguez junto al Dr. Esteban Prieto Vicioso (izq.) y el Arq. Miguel Fiallo Calderón (der.)



El rector Miguel Fiallo muestra al Cardenal López Rodríguez detalles sobre su gestión 2009-2013.



El Cardenal López Rodríguez mientras dictaba la Cátedra Magistral en Humanidades que lleva su nombre.



El Cardenal López Rodríguez conversa con el rector de la UNPHU, Arq. Miguel Fiallo, luego de dictar la cátedra magistral.



Miembros de la mesa de honor escuchan la Cátedra Magistral Cardenal López Rodríguez sobre Humanidades.



Mesa de Honor que presidió el solemne acto.